



**18 de Febrero de 2015,**

**Miércoles de Ceniza, S.I. Concatedral de S. Nicolás**

El llamamiento del profeta Joel (Jl 2, 12-18) y las mismas palabras del Señor en el Evangelio que acabamos de escuchar (Mt 6, 1-6.16-18) nos sitúan en el camino denso de interioridad y de autenticidad que ha de ser nuestra Cuaresma. En el camino hacia la Pascua, nuestra gran fiesta; fiesta de la vida nueva, de la misión y de la esperanza.

Pongámonos, especialmente en estos días cuaresmales, en la actitud serena y humilde, confiada y fecunda de quien vuelve de corazón al Padre, rico en misericordia; y de quien mira al Señor en la cruz, en su amor traspasado por nosotros. En el misterio de la cruz se revela de modo único la misericordia del Padre hacia nosotros, su amor inexplicable para reconquistar el amor de su criatura, de cada uno de nosotros, que desde Adán tendemos a replegarnos sobre nosotros mismos y a quedar ciegos para Dios y para los seres humanos que nos rodean, cayendo, en lo que el Papa Francisco califica en su mensaje para la Cuaresma de este año 2015, como “globalización de la indiferencia”. Cambiemos nuestro “no” a Dios y a los demás, nuestro pecado, nuestra negación al amor, por un “sí” ante su cruz, ante su amor, ante su entrega, hecha fuente de vida.

Miremos a Cristo traspasado en la cruz. Él, allí, es la revelación más impresionante de la bondad sin límites del Padre. Él, allí, nos muestra que Dios no es indiferente a nuestra miseria.

El Apóstol Tomás, como recordaremos en la Liturgia Pascual, precisamente reconoció a Jesús como “Señor y Dios” cuando puso la mano en la herida de su costado (Jn 27-28). No es de extrañar que, entre los santos, muchos hayan encontrado en el corazón de Jesús, herido por nosotros, la expresión más conmovedora del gran misterio de su amor. El Papa Francisco, al final de su Mensaje invita a pedirle al Señor tener un corazón semejante al suyo, un corazón misericordioso, generoso, «que no se deje encerrar en sí mismo y no caiga en el vértigo de la globalización de la indiferencia».

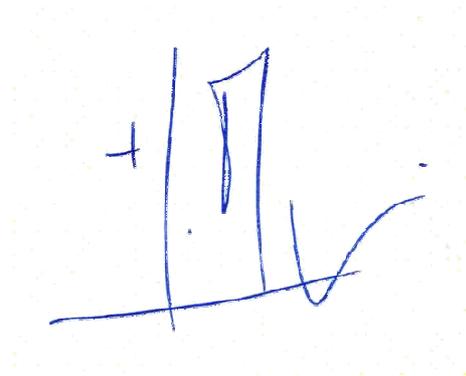
«Mirarán a Aquel que traspasaron». Miremos con confianza el costado traspasado de Cristo, del cual «salió sangre y agua» (Jn 19, 34). Los Santos Padres de la Iglesia consideran estos elementos como símbolos de los sacramentos del Bautismo y de la Eucaristía. En el camino cuaresmal que hoy iniciamos, haciendo memoria de nuestro Bautismo, se nos exhorta a salir de nosotros mismos para abrirnos, en un confiado abandono a su misericordia, al abrazo del Padre, que nos espera en el Sacramento de la Penitencia. La Sangre, símbolo del amor del Buen Pastor, llega hasta nosotros especialmente en el misterio eucarístico, allí en cada Eucaristía se hace realidad la Pascua del Señor, su inmolación por nosotros, allí uniéndonos a Él y aceptando su amor, se nos introduce en la dinámica de su entrega.

Así, hermanos, el hecho de contemplar a «aquel que traspasaron» (Za 12, 10), nos llevará a abrir el corazón a Él y a los demás, reconociendo tantas heridas como hoy se siguen abriendo en la vida y dignidad del ser humano; nos llevará a comprometernos frente a toda forma de menosprecio de la vida, siendo sensibles a tantas formas de soledad, de abandono e indiferencia hacia tantos seres humanos. Que la Cuaresma como nos pide el Santo Padre Francisco nos lleve a «superar la indiferencia y nuestras pretensiones de omnipotencia», viviendo este tiempo «como un camino de formación del corazón», como afirma citando a Benedicto XVI en “*Deus Caritas est*” (n. 31), un «corazón fuerte,

firme, cerrado al tentador, pero abierto a Dios». Haciendo así realidad su deseo expresado nítidamente en su exhortación cuaresmal: «Queridos hermanos y hermanas, cuánto deseo que los lugares en los que se manifiesta la Iglesia, en particular nuestras parroquias y nuestras comunidades, lleguen a ser islas de misericordia en medio del mar de la indiferencia».

Iniciemos, pues, unos días verdaderamente santos, escuchemos su llamada, como nos decía S. Pablo en la segunda lectura: «ahora es tiempo favorable, ahora es el día de la salvación» (2 Co 6,2). Como se nos dirá en la imposición de la ceniza: «convertíos» a Dios, sabiendo de nuestro yo pobre, pecador, cerrado. Volviendo a su amor; creyendo en la Buena Noticia de que es cierta su misericordia. Volviendo a nuestro Padre, para ser hermanos y servidores con corazón.

Que unidos a toda la Iglesia, con el rito de la imposición de la ceniza, iniciemos el camino hacia la Pascua, hacia la luz que hace que se desvanezcan nuestras tinieblas, hacia Cristo resucitado, cuyo amor destruye nuestro pecado, nuestra muerte más profunda, y nos conduce a la tierra nueva de la eternidad. Así sea.



**✠Jesús Murgui Soriano**  
Obispo de Orihuela-Alicante